



NUEVA RELACIÓN BURLESCA

en la que se refiere un chasco que le dió un Arriero á un Sacristán, con lo demás que verá el curioso lector.

Compuesta por Manuel el de Santiago.

En lo que baña la luna,
ó en lo que calienta el sol,
no se puede contar chasco
como el que he presenciado yo:
qué chistoso, qué célebre,
qué raro, qué tunantón,
acaecido en una villa
que se llama Tarancón,
con un sacristán vicioso
muy lascivo y socarrón,
que servía su parroquia
el año cuarenta y dos.
Fué el caso, que este sujeto
le dominó la pasión
de amores con una joven
que el año anterior casó
con Francisco de las Peñas,
hijo de esta población:
este tenía el oficio
de cosario y conductor
de encargos para otro pueblo
que le llaman Albuidón,
distante de allí diez leguas:

un día de San Antón
el cosario fué al convento,
monjas de la Encarnación,
á llevarle á la priora
un pequeñito cajón,
con regalos de un sujeto
del lugar de Tarancón:
entró al locutorio Peñas
y la priora salió,
y en varias conversaciones
que pasan entre los dos,
tocaron á las efigies
trabajadas con primor;
y Peñas dijo á la madre:
en mi pueblo tengo yo
un amigo que es tallista,
retratista y escultor;
es hábil más que ninguno
que tenga esta profesión;
pues bien, dice la priora;
quiero que me haga usted el favor,
de mandarle trabajar
sin ninguna detención

un san Sebastián perfecto,
porque en nuestra religión
le tenemos á este santo
estremada devoción:
tenemos uno viejo,
y según calculo yo
ha de costar gobernarlo
más que vale, y es mejor
hacer uno nuevo, y que sea
de aquello más superior.
El cosario dijo al punto;
en ello me encargo yo,
y luego que se concluya
le meteré en un arcón,
y en mis bestias lo traeré
para que venga mejor;
pues señor, dice la madre,
quedamos en conclusión
en que queda usted encargado,
es corriente respondió
el cosario: y de la madre
muy cortés se despidió.
Fué á la posada y en ella
sus bestias aparejó
y marchar para su casa:
luego que á ella llegó,
su esposa que bien lo estima
á recibirle salió
después de muchos requiebros
que pasan entre los dos,
y ya que hubieron cenado
haciendo conversación,
dice la esposa al marido:
sino fuera por temor
de alguna mala resulta,
te diera cuenta y razón
de asuntos que por mí pasan;
pero tengo algún temor
que tu genio es muy ligero,
y te engendra mal humor.
El, que no era nada tonto
al punto se presumió,
si algún picarillo amigo
le quiere hacer traición,
y así muy disimulado
el marido respondió,
muy bien sabes tú Rosita
que de mi genio hago yo

cuanto quiero, y por lo mismo
puedes con satisfacción
contarme cuanto te pase
sin ninguna detención:
cuéntame, esposa querida,
no tengas ningún rubor;
que tengo yo más paciencia
que el burro de un aguador:
pues mira, te lo diré,
Rosita le respondió,
y por Dios que no te enfades
que me causa desazón.
Has de saber Francisquito,
que el sacristán picarón,
hace ya unos cuantos días
que en la calle me encontró,
 viniendo yo de la plaza
de haber comprado un melón,
para oler los dos melones
á ti te olería yo;
tiene un yo no sé qué,
Rosa de mi corazón,
que me tiene amelonado
tu graciosa condición,
y si te atreves Rosilla
á pagar mi fino amor,
vendería la sotana
ó robaría el copón,
para ser agradecido
á tan singular favor;
yo que le estuve escuchando,
me salió tanto calor
á la cara, que no pude
darle la contestación:
volví la cara y me vine
sin decirle arre ni jo,
y desde aquel mismo día,
por la mañana, á la oración,
y más tarde se pasea
por todo este alrededor.
Esto es lo que me ha pasado
con este noble señor,
yo le aborrezco de muerte,
pero me harás el favor
de no hablarle una palabra,
para evitar la ocasión
de una riña que produzca
una fatal perdición,

El marido con sonrisa
á su mujer respondió:
descuida, Ro-ita mía;
pero me harás el favor
de ayudar á armar un lazo
para que á ese gran bribón,
se le de su merecido
del modo que diga yo,
ten cuidado cuando pase
ese incidente señor,
te muestras á él risueña
manifestándole amor,
te hablará con mil amores,
le oyes con atención,
y le dices: señor mío,
con la vida y corazón
deseo servir á usted;
pero será en ocasión
que mi marido esté fuera
y según conversación
tuvimos anoche mismo,
sale hoy á la oración
por no sufrir entre el día
tan riguroso calor;
usted acecha su salida,
y enseguida sin temor
se viene á esta su casa,
y al cuidado estaré yo
para tenerle la puerta
abierta, en disposición
que sin ser de nadie vistos
disfrutemos nuestro amor,
y esto con tales palabras
que no sospeche traición:
acto continuo dispongo
el viaje para Albuidón:
luego que el pájaro esté
encerrado en la prisión,
y diga quiero gozar
los perfumes de la flor;
le dices que tú acostumbras
para disfrutar mejor
momentos tan regalados
como los presentes son:
desnudarte de camisa
y que lo mismo hago yo;
no se escusará él tampoco
y tú vas dando ocasión,

que se desnude él primero;
hecha esta operación
le dices: voy á cerrar
el postigo del balcón,
te asomas y yo estaré
en toda esta observación:
llego llamando á la puerta
con gran precipitación
tú te finges asustada
y le dices: ¡ay, señor,
mi marido es el que llama!
¿qué haré yo en esta ocasión?
El ansiará por salvarse,
y para esto el arcón,
aquel largo de cocina,
lo tienes en prevención
desocupado y puesto
en la misma habitación,
le mandas se meta en él
cual su madre le parió,
echas la llave en el arca
y queda como el ratón:
enseguida abres la puerta,
y dejas á mi elección
el resto de aquesta escena,
que será de admiración.
La mujer queda conforme
en dar gusto á su señor,
con condición de no herirle,
á lo que él condescendió:
pues señor, todo se hizo
como el marido mandó,
y á las siete de la noche
quedó hecha la prisión:
entra el marido en la casa
renegando hasta de Dios,
á la mujer dice oprobios
porque la puerta no abrió
al punto de su llamada
cuando el primer golpe dió:
ella fingía asustarse
y le pedía perdón;
pero le dijo en secreto,
ya está hecha la prisión.
las bestias deja en la puerta
y la escalera subió,
diciéndole á su mujer:
maldito sea el arcón,

que lo vendí hace dos meses
á las monjas de Albuidón,
y en el viaje pasado
y en el otro anterior,
como llevo tanto encargo,
el maldito se olvidó,
ayuda le bajaremos;
la mujer muy bien fingió
evitando el ayudarle,
y él cogiendo un varejón
daba en aquellas paredes
con conjuro y maldición,
cuanto el que estaba encerrado
satisfecho se quedó,
de que su amada Rosita
no le había hecho traición:
por fin bajaron el arca
arrastrando entre los dos,
la suben en una bestia
la que con sogas ató,
y tomando su camino
al dicho pueblo llegó
á otro día de mañana:
luego al convento marchó,
llamó á la madre priora,
la que al instante salió.
le dice: aquí tiene usted
la imagen que me mandó,
un San Sebastián hermoso,
no se hallará otro mejor:
al punto abrieron la puerta
la comunidad salió,
y entre todas ayudaron
y subieron el arcón
al coro, para sacarle
y darle colocación.
Pues señor, llegan al coro,
y Peñas el arca abrió;
el picaro que está dentro
á disimulo se dió,
esperando si le dejan
una noche de función,

y sin mover las pestañas
como un muerto se quedó;
las madres todas le mirau
y le dan gracias á Dios,
y al maestro que había hecho
tan hermosa perfección;
pero la madre priora
aparte á Peñas llamó,
y le dice: señor mío,
muy bien está, sí señor;
pero tiene... pero tiene...
¿y qué tiene? respondió
el cosario, y ella dice:
tiene... un... qué se yo...
Vuelve á acercarse al arca,
la priora prosiguió:
tiene... aquello... que parece...
según mi vista un... ratón.
Dice otra á la priora:
un sudario le haré yo;
pero la madre priora
manifiesta desazón,
y visto por el cosario
al bolsillo mano echó,
y sacando una navaja
dice: ya se remató,
se le corta, y santas pascuas.
El sacristán que esto oyó
pega un brinco y la escalera
la baja de dos en dos.
Las madres que aquesto vieron
á Dios le piden perdón,
porque el santo se había ido
por no sufrir tal error,
y en aquel estado el santo
á su casa se marchó.
Escarmienten los galanes
que se andan de flor en flor,
porque les puede pasar
lo que al sacristán pasó:
y de todos mis defectos,
señores, pido perdón.

FIN